

El eclipse de Yukio Mishima

SHINTARO ISHIHARA

TRADUCCIÓN DE
YOKO OGIHARA Y FERNANDO CORDOBÉS



Título original: MISHIMA YUKIO NO NISSHOKU

Primera edición: octubre 2014

© 1991, Shintaro Ishihara

© de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© de la traducción: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

© del diseño de cubierta: Marta Lozano

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

ISBN: 978-84-942357-3-3

Impreso en España por Grafo

Depósito legal: M-23676-2014

El eclipse de Yukio Mishima

«Sentí entonces un gozo que casi podría definir como terror [...]. Ésa ha sido, desde entonces, la actitud con la que me he enfrentado a la vida: querer escapar de todo lo esperado con excesivas ansias, de todo lo que previamente había adornado exageradamente con mis fantasías.»

Yukio Mishima, Confesiones de una máscara.

La mayor fortuna de la que podía gozar la obra literaria de Yukio Mishima en el presente consiste, sin duda, en que al fin ha llegado el momento de que sus obras se lean tal cual, es decir, por sí mismas, ajenas a la poderosa influencia de su autor. Es la lógica del tiempo, una consecuencia inevitable después de los más de veinte años transcurridos desde su muerte.¹ Un proceso natural para cualquier otra obra literaria y que en el caso de Mishima se puede considerar afortunado. Dicho sin ambages, su obra al fin se ha liberado de su autor o, más bien, de su alargada y poderosa sombra. Además, el tiempo ha traído nuevos lectores que nada tienen que ver con las circunstancias históricas del autor que las escribió.

La muerte de Mishima produjo una suerte de hartazgo en la sociedad japonesa. No solo dentro del limitado círculo del mundo literario, sino en todo el conjunto de la sociedad. De algún modo, su producción literaria se convirtió en algo molesto, fastidioso. Cuanto más potente es la presencia del creador de una obra de arte, mayor conflicto genera en el público. Algo que, además de innecesario, siempre va en detrimento de los dos.

La reiterada presencia de políticos, deportistas y demás personalidades de la vida pública, tiene un significado distinto pues aporta un valor peculiar en cada caso, pero cuando se trata de literatura, las obras y sus autores deben separarse en algún momento, emprender una vida propia, liberarse del influjo de quien las hizo nacer. No obstante, habrá quien piense lo contrario, que precisamente eso es una condición

¹ Yukio Mishima murió el 25 de noviembre de 1970, y la primera edición de *El eclipse de Yukio Mishima* es del año 1991.

indispensable, que la unión física, psíquica y sociológica genera un reflejo necesario para el público. Cierto. Por muy artista que sea uno, no puede anular su condición de miembro de la sociedad. Por muy intelectual que uno sea, el mundo real y cotidiano se enreda inevitablemente en su existencia. Una cuestión clave para la mayoría de los creadores consiste, por tanto, en cómo separar lo prosaico y perecedero del mundo real, de los valores sublimados en sus obras. Lo normal es un esfuerzo consciente para borrar de uno todo lo que no sea estrictamente necesario.

Desde la aparición de la corriente naturalista en la literatura japonesa, se produjo un solapamiento del autor con su obra. Eso lleva a los lectores a confundir vida y obra, es decir, a asumir que los protagonistas, sus tramas y problemas, no son sino trasuntos de quien los inventó. A mí mismo esa idea preconcebida me ha provocado considerables molestias, pero Mishima era muy consciente de ella y la utilizaba a propósito para falsear a su antojo lo que le convenía. En su caso, su compleja personalidad está inseparablemente unida tanto a sus obras, como a la idea que se forman de él sus lectores a través de ellas. Lograrlo fue un propósito consciente. Para mí, por ejemplo, que pasé una época de mi vida muy unido a él, sus carcajadas forman un todo con su recuerdo.

Un escritor que se gana la vida con lo que escribe, lleva una existencia ambigua y por mucho que ponga el acento en el hecho de que se expresa a sí mismo, en realidad muchas veces dice las cosas para encubrirse. Precisamente por eso es un escritor. En el caso de Mishima, su escritura parece transparente a primera vista, pero si uno observa con detalle, si tiene en cuenta su vida después de haberse cruzado con él, descubre muchos mimetismos que no son lo que parecen, cuestiones que no se pueden tomar en serio si se tiene en cuenta lo que hacía y decía en privado.

Poco después de la muerte de Mishima me encontré con Shichiro Fukazawa,² al que no veía desde hacía tiempo y de quien se puede decir

2 Shichiro Fukazawa (1914-1987), escritor japonés adscrito a la corriente antimodernista y autor, entre otras obras, de la novela *La balada de Narayama*, que se adaptó en dos ocasiones al cine.

que se hizo un nombre en el mundo literario después de ser reconocido por él. Fukazawa siempre vivió muy pegado a la realidad que le tocó vivir. En esa ocasión me dijo algo en un tono áspero que me impresionó: «Por muy inteligente que fuera, si uno se empeña en vivir de un modo tan irracional es normal que muera joven».

Para una persona con el carácter de Fukazawa, la presencia y las huellas intencionadas que Mishima quiso imprimir en la sociedad quizá resultasen irracionales. Recuerdo cuando ambos irrumpimos en el panorama literario, más o menos en la misma época. Por aquel entonces, Fukazawa se presentó en mi casa de Zushi sin previo aviso con un cartón de Peace, el tabaco que fumaba entonces. No solo me sorprendió su visita, sino que él me impresionó. Le conté el episodio a un conocido nuestro y me dijo: «Muy suyo. Quiero decir, es una persona sin relación con el mundo literario y ni siquiera tiene conciencia de la necesidad de relacionarse». Yo compartía su opinión. Cuando le pregunté a Fukazawa por qué había venido a verme, me respondió con un gesto serio: «Bueno, ya que todo el mundo se mete con nosotros, he pensado que sería mejor llevarnos bien».

Se lo conté también a Mishima y se rio a carcajadas: «Es verdad, es típico de él. Es un hombre al que habrá que seguir la pista. Un talento raro en el mundo literario, como tú».

En el transcurso de la charla de aquel día, Fukazawa y yo hablamos sobre distintos temas y como no podía ser de otra manera, también del mundillo literario. Cuando surgió el nombre de Mishima, que siempre se había puesto de nuestra parte, dijo: «No confío en él. Después de todo, es mejor no contar con personas ajenas. Además, proviene de una familia rica y lo cierto es que hay cosas que solo pueden entender los que pasan estrecheces como nosotros». Eso, en cambio, no se lo transmití a Mishima.

Entendí que a ojos de Fukazawa el sofisticado suicidio de Mishima representara nada más que una lamentable muerte prematura. Para un lector atento y perspicaz como era él, capaz de valorar su obra sin dejarse confundir por las falsedades con las que las decoraba, quizá fuera

inevitable interpretarlo así, pero para un lector digamos medio, no creo que su suicidio significase lo mismo.

La primera impresión que me produjo Mishima fue tan inesperada como extraña. Me convocaron a una sesión conjunta de fotos para la revista *Bunshun*. Fui al edificio donde estaba la redacción, en la avenida Shinbashi, y en la azotea nos hicieron las fotos. Después de presentarnos, Mishima se asomó a la barandilla para observar el panorama. Yo le imité y puse las manos sobre la barandilla, que estaba cubierta de suciedad. Di unas palmadas para sacudirme y retrocedí unos pasos. Mishima no se movió.

—La barandilla está sucia.

—¿De verdad?

No parecía preocupado. De hecho, parecía como si quisiera limpiarla con los guantes que llevaba puestos. Vestía un abrigo y debajo un traje. Los guantes eran de color pardo verdoso, a juego con el traje. De tanto asomarse, terminó por ponerse perdido.

Cuando terminaron con las fotos se lo hice notar:

—Se ha ensuciado mucho.

—No tanto —contestó él con su aire despreocupado—. Da igual. ¿Qué título le pondrías a estas fotos? Yo había pensado *Shin kyu yokogami-yaburi*.³ ¿Qué te parece?

Se rio a carcajadas y dio unas palmadas para sacudirse sus guantes echados a perder.

«¡Menudo personaje!», pensé. A partir de ese día, siempre tuve la impresión de que era un hombre que intentaba lo imposible para lograr algo que en realidad ni siquiera él sabía qué era.

Me había llevado conmigo a mi hermano pequeño, que aún no se había hecho un nombre en el mundo del cine. Mishima ni se dio cuenta de su existencia. Me esperó detrás de las cámaras y aún recuerdo bien lo que me dijo: «No sé cómo será él personalmente, pero lleva ropa hecha

3 Literalmente: «nuevas y viejas formas de rasgar el papel horizontalmente», es decir, dos personas que hacen algo fuera de lo común, uno más viejo (Mishima) y otro más joven (Ishihara).

a medida. Se nota que es cara, de primera calidad, aunque los guantes del mismo color que el traje no me parecen un detalle elegante. Ese tono, además, no le sienta bien a los japoneses, ni por compleción ni por estatura».

Poco tiempo después, coincidimos de nuevo en otra entrevista para la revista *Bungakukai*⁴ que iban a titular «La estación de los novatos». Al leerla ahora, me doy cuenta de que yo no era más que un joven que acababa de irrumpir en el mundo literario y Mishima trataba de ayudarme como habría hecho un profesor de universidad empeñado en aprobar a un mal estudiante.

Sin embargo, yo me sentía autosuficiente a pesar de que era incapaz de expresarme con corrección, y aunque Mishima me ayudaba y citaba grandes nombres de la literatura como los de Thomas Mann, Gustave Flaubert o del mundo del espectáculo como el del actor John Wayne, yo no llegaba a entenderle del todo en lo que decía y recuerdo que al final solo coincidimos a la hora de valorar el estilo de Jean Cocteau en *Thomas el impostor*. Era como un atleta de poderosas piernas que apabulla a sus contrincantes con sus poderosas zancadas.

Releo la entrevista años después y le agradezco sinceramente sus esfuerzos. Al mismo tiempo, siento una punzada de dolor porque me doy cuenta de que encajaba bien mis insolencias para tratar de guiarme por el buen camino. Yo no era más que un joven recién aterrizado en el mundo literario y aunque él no dejaba de repetir que no tenía nada que ver con los demás, me hablaba de cosas que no entendía, de autores y obras que no conocía ni había leído. Ante sus alardes, no me quedaba más remedio que improvisar cualquier ocurrencia con la cara sudorosa.

Sería insoportable si los escritores nos tomásemos en serio cada una de las palabras que decimos por descuido en las entrevistas. En ese sentido, le pido disculpas a Mishima por reproducir aquí parte de lo que dijo entonces y que solo he comprendido con el tiempo. Hablaba sobre la influencia que había ejercido en él Thomas Mann, sobre su idea de la

4 Es una revista mensual literaria de la editorial Bungei Shunju.

incompatibilidad del arte y de la vida: «todo eso se originó con Thomas Mann y ya forma parte de mi conciencia, de mi ser. Por eso he adoptado una forma de vida que esconde al artista que hay dentro de mí. Mi literatura consiste en realidad en cuánto puedo esconder de todo eso». Más adelante me dijo: «Con la perspectiva que me ofrece mi experiencia en este mundo, te digo que si quieres ser excelente en el deporte, tienes que serlo también en el arte. Si eres un deportista que escribe una novela sin ningún valor, eso significa que profanas el deporte, la literatura y a ti mismo».

Si esas palabras eran ciertas y revelaban una convicción profunda, podía ocurrir que la espada que abrazó en los últimos años de su vida terminase por volverse en su contra, cortarle en pedazos como de hecho ocurrió.

Durante la entrevista, a preguntas del periodista, hablamos sobre la relación entre el físico y el arte, como si fuéramos los primeros escritores que meditaban sobre su conexión con la literatura. Yo confesé que no era capaz de escribir nada digno si pasaba una noche en vela. Por eso, mi límite era permanecer despierto como máximo hasta las cuatro de la mañana. Mishima dijo: «Últimamente dices cosas muy válidas. ¿Será la edad?».

Quizá él fue el primer escritor que se tomó en serio la relación entre emoción y mente, entre sensibilidad artística y físico, el primero que creo una obra original en ese sentido y el primero, también, que llevó a la práctica sus convicciones, aunque no sé si fue al final para beneficio o para perjuicio suyo.

El comentario suyo que más me aduló en aquella entrevista fue cuando citó a Gustave Flaubert, de quien dijo tenía el honor de haber perturbado la moral imperante en su tiempo. En cierto sentido, consideraba que yo había hecho algo parecido. Como en aquel entonces todo lo que escribía era objeto de críticas y alabanzas a partes iguales, sus palabras no solo fueron un inestimable apoyo para mí, sino casi una revelación. Las tuve muy presentes cuando publiqué un artículo con un título pretencioso: «El honor de un perturbador de valores». Estaba

muy satisfecho con el resultado, pues me había basado en la psicología social, mi especialidad, para argumentar mis tesis, pero Mishima me llamó en cuanto lo leyó: «Es demasiado lógico para un escritor», me reprochó. «No tiene brillo.»

Me doy cuenta ahora de que en la entrevista, a pesar de alabarme como a una *rara avis* dentro del panorama literario, también se esforzó en lanzarme una serie de advertencias que debía tener en cuenta en mi carrera como escritor. No habló sobre la moral o la tradición en la que andaban inmersos otros, sino sobre las limitaciones, sobre los márgenes de tolerancia de cada uno. Me hubiera gustado tener la oportunidad de recordarle sus palabras, y preguntarle si los fuegos de artificio a los que nos tenía acostumbrados en su calidad de escritor famoso no contradecían todo eso.

Debo advertir que este libro no es más que una serie de apuntes sobre Mishima y no una obra crítica al uso. Como lector suyo, me considero caprichoso y confieso mis preferencias y hostilidades. Sea como sea, Mishima firmó grandes obras, fue un escritor fascinante, un hombre fuerte y débil a un mismo tiempo, plagado de contradicciones. Todo eso convierte su existencia en un irresistible foco de atracción. Tuve la feliz oportunidad de observarle de cerca, de escrutar a un espécimen muy valioso con una relación especial entre su verdadero ser y su apariencia, entre su apariencia y su espíritu, entre su expresión y su sensibilidad. Si el resultado de eso fue algo bello o una deformidad dependerá del punto de vista del observador, pero como mínimo fue tan interesante como excepcional.

Al revisar a mi manera los mecanismos que dan forma a sus obras, creo que seré capaz de eliminar esas decoraciones innecesarias con las que adornaba a menudo sus obras, a veces cargantes y superfluas, lo cual arrojará nueva luz sobre la producción de un autor tan querido por mí, sobre la verdadera personalidad del hombre que fue Yukio Mishima.

Ya sea un escritor o un crítico literario quien se acerque a él y a su obra, poco importa. En vida era un personaje controvertido que suscitaba opiniones encontradas. No obstante, cuanto más profundizan

quienes se interesan en él, mayor fascinación les produce. La resignación inicial ante un personaje tan complejo, deja paso a un estado de ánimo más tranquilo, hasta que al final uno se acostumbraba y empieza a disfrutar de él. Quizá por eso, aquellos que no tenían contacto con el hombre solían acertar en sus juicios. Puede que no a la hora de revelar su esencia más profunda y oculta, pero sí en cuestiones muy importantes. Valga un ejemplo. La editorial Bungei Shunju editó una colección de ensayos para recordar a Mishima quince años después de su muerte. Keiichiro Kobori, profesor de literatura comparada en una universidad de Tokio, escribió sobre la única ocasión que tuvo oportunidad de verle y hablar con él. Su descripción era inteligente, certera, especialmente si consideramos las opiniones habituales sobre él.

Al señor Kobori le invitaron a participar en un encuentro organizado por el círculo literario Hihyo que empezaba a editar una revista. Fue allí donde se conocieron. Su sola presencia era deslumbrante, contaba. Cuando entró en la sala con un poco de retraso, la atmósfera se caldeó de repente, como si la hubiera hechizado para imprimir un inesperado aire festivo. Mishima trató con suma amabilidad al señor Kobori, al que nunca antes había visto, cosa que él le agradeció sinceramente. Poco después, en cambio, sintió que había algo más: «Tanta amabilidad me abrumaba. Cierto que trataba así a todos los presentes y no solo por su papel de anfitrión, sino porque estaba obsesionado con la idea de aburrir a los demás, de provocarles cierto hastío. Al final, mi agradecimiento sincero por su comportamiento se mezcló con el sofoco que me provocaba y me dio lástima. De vuelta a casa, por alguna razón me dio por pensar que una vida así no podía durar mucho».

El señor Kobori tuvo el presentimiento de lo breve que iba a ser la vida de Mishima. Sin duda hay gente sensible a la hora de intuir esas cosas.

Ese papel de anfitrión había terminado por superar los límites de lo normal para convertirse en una obsesión provocada por él mismo. Después de su muerte, el señor Kobori leyó su obra *En defensa de la cultura* por recomendación de un amigo y le sorprendió su estilo desolado: